

siglos comportándose de este modo. Situadas ante un peligro tan espantoso sin haber sido consultadas, habrían denostado y derribado a pedradas a cualquier gobierno parlamentario, habrían arrancado a un rey de su trono. Hoy en día, es cierto, disponemos de una experta propaganda para difundir el recelo y el miedo. Pero las gentes a quienes me refiero—y constituyen la inmensa mayoría—no sienten ni recelo ni miedo, al contrario de lo que les sucede a muchas personas instruidas y más influyentes. La propaganda no les ha hecho aceptar la Bomba. Nosotros, los oponentes activos, aunque hayamos conquistado algunos de sus hijos e hijas, hermanos y hermanas, no les hemos hecho rechazarla. Permanecen profunda, asombrosa y chocantemente *indiferentes*.

La única conclusión a que puedo llegar es a la de que se muestran indiferentes porque, en lo más íntimo de su corazón, ya no les importa lo que suceda. Conscientemente, puede que les preocupen muchas cosas menudas, especialmente en su principal condición de consumidores; pero, en el nivel inmediatamente inferior al de la consciencia y en la escala de las grandes cosas, ya no les preocupa nada en absoluto. Si las otras gentes, el supuesto enemigo, se llevan el gato al agua y se imponen, bien, se han impuesto y ya está. Si, mediante un acto final de imbecilidad, se lanzan las Bombas, ¿qué pasa? Que se hunda todo de una vez. En realidad, nunca ha valido la pena tenerlo. Incluso utilizando esta clase de expresiones, probablemente esté falsificando la situación. Lo que explica esta extraordinaria indiferencia no es lo que penetra en la consciencia para ser expresado, sino lo que se percibe oscura, pero profundamente, debajo. Y ahora vale la pena repetir que la vida enteramente contenida en el tiempo que pasa, porción de años carentes de significado, no se percibe más preciosa que nunca, ni que sea preciosa en absoluto. El valor positivo ha huido de ella.

Este nihilismo interior, con su curiosa anestesia, es responsable de uno de los rasgos más vigorosos de nuestra época; el tremendo y desproporcionado énfasis que la moderna publicidad emplea, con efecto terrorífico, primero sobre el sexo y después sobre la vida familiar. La multitud contemporánea no se compone de hombres más elevadamente sexuados que sus bisabuelos o capaces de mayor devoción por la vida familiar. Se machaca insistentemente,

se ensalza y se trata de todas las maneras posibles tanto al sexo como a la familia, porque todavía representan cierto valor allí donde se han esfumado tanto valor y existe tanta carencia de significado. Si el lecho y el hogar es todo cuanto queda, entonces lecho y hogar han de quedar bajo los focos, han de ser cantados melancólicamente, han de ser alabados por esas cálidas y falsas voces que surgen de los micrófonos. Hombres y mujeres se han hecho el amor y han criado familias durante millares y millares de años. No hay nada nuevo en ello. La novedad es el espacio turbadoramente vacío en torno a esos objetos y actividades de valor.

Y ese espacio vacío es realmente Tiempo vacío. Avanza y avanza, simplemente, hacia un futuro que esas mismas gentes se niegan a considerar, pero no puede adentrarse más y más hacia las ocultas fuentes de la vida. No reanimados por esas fuentes, atrapados en un estéril concepto del Tiempo, esos hombres de familia, la mayoría, ni siquiera son capaces de reunir energías suficientes y formarse el propósito necesario para barrer a los lunáticos que amenazan a sus hijos con el Día del Juicio Final.

A primera vista, nadie parece más alejado de estas multitudes inarticuladas y no sofisticadas que los escritores y artistas de vanguardia, altamente articulados y sofisticados. Pero, una vez más, aquí el camino describe una curva cerrada y los extremos se tocan. La literatura y el drama de vanguardia de lo Absurdo expresan, hasta cierto punto, la actitud mental de las multitudes indiferentes. No es este el objetivo de los escritores de vanguardia, que se ven a sí mismos como una élite y no efectúan ningún esfuerzo consciente para proveer a un público de masas. Y ese público, cuando está matando el tiempo, que es todo lo que tiene, no quiere ver reflejadas como en un espejo su desesperación interior o su amarga resignación. Le gusta que su entretenimiento se ocupe, aunque sea ligeramente, de valores y creencias que él mismo ha perdido, ya que, como dice, supone un cambio agradable.

Si usted está viviendo, en lo más hondo de su ser, una «comedia negra», usted puede insistir en relajarse con una comedia tan «deslumbrantemente blanca» como la ropa en los anuncios de detergentes. Los escritores de «comedias negras» y de lo Absurdo no están completamente desesperados, porque, de lo contrario, jamás se molestarían en escribir. Algo

les agrada, aunque solo sea la sensación de su propia inteligencia. Y gran parte de esos escritos, aunque sus autores acaso discrepen tajantemente, son en realidad una protesta disfrazada. Expresan la no creencia en nada, salvo en el Absurdo; pero el escritor tiene la esperanza, especie de semicreencia oculta, de que eso es una apariencia, tras la cual está, o debiera estar, una realidad enteramente diferente.

Un hombre inteligente y sensible que genuinamente creyera que la vida está carente en absoluto de sentido y de propósito, un accidente idiota, jamás se tomaría la molestia no solo de escribir, sino, además, de negociar y discutir con agentes, editores, directores de teatro y demás. Se suicidaría, sencillamente. Los hombres de la masa no se suicidan, aunque probablemente creen que la vida carece en absoluto de sentido y de propósito, un accidente idiota; pero, en general, no son inteligentes y sensibles, y, de todos modos, no se esfuerzan tanto como los escritores ni afrontan el mismo riesgo de ver herida su vanidad. Y, aunque no se suicidan literalmente, no es menos cierto que su extraña apatía y su indiferencia ante la amenaza de destrucción nuclear tienen algo de suicidas. Los hombres que no padecen esta lacra protestan de manera activa y resuelta. Saben que la propia vida exige que se rechace la Bomba, y que aceptarla, vivir a su sombra, es mostrarse indiferente al verdadero valor y contemplar cómo se marchita la flor de la vida.

Erich Kahler, que fue entusiásticamente encomiado por Thomas Mann y Einstein, no se ocupa principalmente del Tiempo en su amplio estudio del hombre moderno, *La torre y el abismo*. Pero, en sus notas sobre diversos y grandes poetas modernos, observa «un profundo sentimiento de contracción, no solo del espacio, sino del tiempo... una concentración de todos los tiempos y su contenido, de toda nuestra existencia en un momento sublime, una concentración que casi equivale a una abolición del tiempo». Y, en su examen posterior de las técnicas de «corriente de consciencia», tan características de la ficción moderna, se vuelve hacia el Tiempo una vez más. Estas nuevas técnicas, nos dice, habiendo irrumpido a través del fondo de nuestra consciencia, del mismo modo «han roto los supuestamente sólidos cimientos del tiempo cronológico. Un tiempo nuevo comienza a germinar dentro del tiempo, el tiempo de la experiencia interior dentro del tiempo del acontecer

exterior. Esta nueva clase de tiempo no tiene límites definidos, las profundidades en que se expande son prácticamente infinitas. No puede medirse con el tiempo cronológico». Y, discutiendo a Camus (cuya enorme reputación, basada en una obra tan escasa, sugiere que se le ha aceptado como hombre representativo de nuestra época), Kahler no puede eludir una referencia al Tiempo: «Camus observa la súbita consciencia del tiempo que nos sobrecoge, la aterrada impresión de hallarnos ligados al tiempo. Vivimos constantemente cara al futuro, al cual deberíamos temer, pues es la muerte disfrazada...»

Kahler, repito, no se ocupó principalmente del Tiempo en su estudio—cuyo tema principal es el efecto que sobre los valores humanos ejercen las poderosas colectividades científicas, tecnológicas, comerciales, de la civilización occidental—; pero las tres citas anteriores me parecen importantes para nuestro contexto. Podríamos calificarlas de tres bombardeos separados y procedentes de diversas direcciones contra la gran Fortaleza central.

Esa Fortaleza representa la autoridad de más peso que conocemos hoy. Es de ahí, no de Roma ni de ningún otro centro religioso, de donde proceden dogmas y decretos férreos. Es la ciudadela de la ciencia, la tecnología, el positivismo. Si tenemos la impresión de hallarnos atados al tiempo cronológico, allí se hizo la ligadura. Si apelamos contra esa esclavitud, allí es donde se rechazará nuestra apelación. Es el hogar de la ciencia como sistema dogmático y colosal conjunto de intereses creados. Es donde se realizan la mayor parte de los trabajos, incluyendo los inventos y el desarrollo de las armas nucleares. (No podemos imaginar cuántos conejillos de Indias mutilados, ratas cancerosas, ratoncillos ciegos y ranas infectadas existen dentro de esos muros.) Sus plataformas y torreones están guarnecidos y sañudamente defendidos por un gigantesco ejército de teóricos, investigadores, experimentadores, profesores, maestros, técnicos, publicistas y periodistas. Sobre la torre del homenaje ondea la bandera blanquinegra del positivismo.

Pero no toda la ciencia y todos los científicos se hallan en el interior de esos muros. La investigación más avanzada, probablemente basada en su origen en la intuición y la imaginación, no se realiza allí. Y es dudoso que haya en ese lugar un científico realmente grande. No alberga ningún Instituto de Estudios Avanzados.